

**GUSTAVE FLAUBERT**

**MADAME BOVARY**  
Costumbres de provincia

Prólogo de  
Mario Vargas Llosa

Edición, traducción del francés y notas de  
Mauro Armiño

 Siruela

Tiempo de Clásicos

## Prólogo

Gustave Flaubert tardó cinco años en escribir *Madame Bovary*, su primera obra maestra. Antes, había escrito relatos, novelas y un libro extraño, la primera *Tentación de san Antonio*, que lo dejaron insatisfecho, con la sensación de que había sido incapaz de alcanzar lo que se proponía como escritor. Se dice que, después de leer en voz alta a lo largo de varios días, a un grupo de amigos, el manuscrito de *La tentación*, aquéllos le aconsejaron que intentara algo muy distinto, no un gran fresco romántico situado en la Antigüedad, sino una historia contemporánea, tomada de las ocurrencias cotidianas de los pueblos de la Normandía, donde Flaubert vivía.

Apartándose del mundo, trabajando muchas horas al día como un galeote de la pluma, sometiendo cada frase que escribía a una autocrítica implacable, Flaubert concibió, entre 1851 y 1856, la historia de Emma Rouault, que se casa con el médico Charles Bovary y vive la vida rutinaria del pueblito normando de Yonville. Pero el espíritu inquieto y fantasioso de Emma Bovary, atizado por las aventuras apasionantes de las novelitas de amor que lee vorazmente, aspira a una vida distinta, de lujo, pasiones y excesos románticos, algo que la joven intenta materializar, enredándose en pequeñas aventuras de las que saldrá cada vez más golpeada y humillada, defraudada siempre por el espíritu mezquino, la cobardía y el egoísmo de esos hombres a los que se entrega creyéndolos a la altura de sus sueños. Al

final *Madame Bovary*, derrotada una y otra vez por esa realidad sórdida, opta por el suicidio.

Para muchos, *Madame Bovary* inaugura la novela moderna y sienta las bases de la gran revolución narrativa que protagonizarían años más tarde un Marcel Proust, un James Joyce, una Virginia Woolf, un Franz Kafka y un Thomas Mann. Hasta Flaubert, la novela era considerada un género plebeyo, a diferencia de la poesía, donde la belleza del lenguaje alcanzaba su máxima expresión. Flaubert se empeñó en que la prosa narrativa tuviera también la excelencia artística de la poesía y no hubiera en ella nada que empobreciera o afeara la palabra. Ideó un método de trabajo según el cual una frase alcanzaba la perfección si pasaba la prueba musical, es decir, si al ser leída en voz alta encantaba al oído. Si algo desentonaba o chirriaba en ella, significaba que el pensamiento era confuso o incorrecto, y por lo tanto la frase debía ser rehecha de principio a fin. Eso hace que *Madame Bovary* nos parezca un objeto autosuficiente, en el que nada falta y nada sobra, como en una sinfonía de Beethoven, un cuadro de Rembrandt o un poema de Góngora.

Yo leí *Madame Bovary* en el verano de 1959, al llegar a París. Nunca me había ocurrido antes, ni me ha ocurrido después, que un libro absorbiera mi atención de tal manera que me pasara horas de horas prendido de él, olvidándome de comer y de todo hasta que me rindió la fatiga y caí dormido con el libro entre las manos. Pero al despertar seguí leyendo, devorando esa historia, una de las más conmovedoras y mejor concebidas y escritas de la literatura.

Se dice que el siglo XIX es el siglo de la novela, pues es el siglo de Tolstói y Dostoievski, de Dickens y Balzac, de Melville y de Pérez Galdós. Entre el puñado de libros extraordinarios de ese siglo que han enriquecido el género de la novela como nunca antes ni después, figura, en lugar principalísimo, *Madame Bovary*.

**Mario Vargas Llosa**

## Nota de traducción

No le resultó fácil a Gustave Flaubert sacar a flote el texto de *Madame Bovary*, que, a pesar de admitir censuras de amigos y de la revista en que apareció por vez primera en folletón, terminaría llevándole ante el tribunal correccional de París, acusado, junto a Laurent Pichat, coeditor de la *Revue de Paris*, «de ultraje a la moral pública y religiosa y a las buenas costumbres». Tras cinco años de trabajo (1851-1856), el manuscrito final —unos 500 folios de los 4.500 que redactó— fue leído por dos amigos íntimos del novelista, Maxime du Camp y Louis Bouilhet. Sobre todo el primero, codirector de la *Revue de Paris*, sugirió, como amigo primero y como editor después, cortes de todo tipo, unos de carácter estético, otros, los más, debidos a una censura que pretendía acomodarse a las convenciones burguesas de la época; en un primer momento, Flaubert, navegando entre la censura y la autocensura, llega a eliminar una treintena de páginas; cuando la *Revue de Paris* le pase el texto preparado para la imprenta, encontrará nuevos «cortes indispensables», setenta fragmentos eliminados o «revisados», de los que han desaparecido palabras tabú, *adulterio*, *concupiscencia*, *concupina*, etc. Flaubert se rebela y exige la aparición de su texto completo. Aceptan Du Camp y Pichat, y así empiezan a publicarlo el 1 de octubre de 1856; las entregas aparecerán los días 1 y 15 de ese mes y los siguientes de noviembre y diciembre. Al llegar a la primera de este mes, Du

Camp exige inexorablemente la amputación de una escena entera: «Tu escena del coche de alquiler es imposible, no para nosotros que nos importa un bledo, ni para mí que firmo el número, sino para la policía correccional que nos condenaría rotundamente»; miedo, por otra parte, fundado: de ideología republicana bajo el II Imperio dirigido por Napoleón III, tras un golpe de Estado que había acabado con la Segunda República el 2 de diciembre de 1852, la *Revue de Paris* ya había sido objeto de dos advertencias policiales; y terminó siendo prohibida en 1858.

Flaubert hubo de ceder, y los editores aprovecharon para sugerir el corte de tres pasajes más en la última entrega del 15 de diciembre. Tras haber pensado en llevar ante los tribunales a sus editores por abuso de poder y falta a la palabra dada, llegó a un pacto que le permitió añadir una nota de protesta, en la que se revuelve contra las supresiones hechas en nombre de la moral; esa nota fue la que llamó, al parecer, la atención de los servicios de censura. Los temores de la *Revue de Paris* no tardan en cumplirse: el 27 de diciembre Du Camp le comunica que han sido denunciados y deberán comparecer ante los tribunales en enero-febrero de 1857. Pese al brillante alegato de hora y media del fiscal imperial Ernest Pinard, Flaubert será absuelto; no tendrá la misma suerte Charles Baudelaire, contra quien Pinard logrará meses más tarde, el 27 de agosto, una sentencia condenatoria por su poemario *Las flores del mal*, denunciado por el mismo delito, «ofensa a la moral religiosa» y «ultraje a las buenas costumbres».

Para la edición en libro, Flaubert recuperó parte de los cortes sugeridos por Du Camp y de los impuestos por la *Revue de Paris*. Aun así, no será esa edición de 1857 la considerada definitiva por el autor, sino la editada por Charpentier en 1873, que añadía el alegato de la acusación, la defensa y la sentencia del proceso. Ésta es la que hemos seguido para la traducción, acompañándola de cuatro ilustraciones con los tachones censorios y un dibujo que el propio Flaubert hace del pueblo imaginario de Yonville, donde transcurre la mayor parte de la novela. Anoto, por lo demás, términos y referencias a personajes, objetos o momentos históricos de la época, hoy olvidados, e

insinúo parte del humor burlón con que Flaubert contempla usos sociales del momento, un romanticismo ya manido como es el que anima y condena a un tiempo la irrisoria aventura amorosa de Emma Bovary, desde el tópico del viaje a Italia hasta tipos de bebidas, telas, etc., remitiéndome a la definición que de esas trivialidades –aquí descritas con seriedad de novela realista– da Flaubert en su *Dictionnaire des idées reçues*. Lo hago levemente, para no recargar este tipo de notas con las apostillas sarcásticas que el autor pone a las vulgaridades impuestas en su tiempo.

**Mauro Armiño**

**MADAME BOVARY**  
Costumbres de provincia

A  
MARIE-ANTOINE-JULES SÉNARD<sup>1</sup>  
Miembro del Colegio de Abogados de París  
ex presidente de la Asamblea Nacional  
y ex ministro de Interior

*Querido e ilustre amigo:*

*Permítame que inscriba su nombre al frente de este libro e incluso antes de su dedicatoria, pues a usted sobre todo debo su publicación. Después de pasar por su magnífica defensa, mi obra ha adquirido a mis propios ojos una especie de autoridad imprevista. Acepte, pues, aquí el homenaje de mi gratitud, que, por grande que pueda ser, nunca estará a la altura de su elocuencia y de su abnegación.*

GUSTAVE FLAUBERT  
París, 12 de abril de 1857

<sup>1</sup> Marie-Antoine-Jules Sénard (1800-1885), decano del Colegio de Abogados de Ruán, presidió la Asamblea Constituyente durante las jornadas de junio de 1848 y fue ministro de Interior cuando el Gobierno reprimió la insurrección. Se hizo cargo de la defensa de Léon Laurent-Pichat, primer editor de *Madame Bovary*, y de Flaubert, acusados de «delitos de ultraje a la moral pública y religiosa y a las buenas costumbres» por la publicación de la novela. El juicio duró del 29 de enero al 7 de febrero de 1857; Sénard, tras una defensa que Flaubert calificó de «espléndida», consiguió la absolución de ambos.



*A Louis Bouilhet*<sup>2</sup>

<sup>2</sup> Louis Bouilhet (1822-1869), poeta y autor dramático, amigo de infancia de Flaubert, quien se encargó de recoger los poemas que la temprana muerte de Bouilhet le había impedido publicar; dejó tres libros poéticos que seguían las sendas romántica y parnasiana, de los que sólo uno, *Dernières Chansons* (1872), se editó, con prólogo de Flaubert. Había logrado cierto éxito en los escenarios. Escritor concienzudo, pero carente de originalidad, habría caído en el olvido de no ser por la correspondencia con el autor de *Madame Bovary*, novela de la que fue primer lector y «corrector»: «Al perder a mi pobre Bouilhet, he perdido a mi partero, el que veía más claro que yo mismo».

## Primera parte

Estábamos en el Estudio cuando entró el director, seguido de un *nuevo* vestido de calle y de un mozo que traía un gran pupitre. Los que dormían se despertaron, y todos nos pusimos de pie como sorprendidos en nuestro trabajo.

El director nos hizo seña de que volviéramos a sentarnos; luego, volviéndose hacia el jefe de estudios, le dijo a media voz:

—Señor Roger, aquí tiene un alumno que le recomiendo, entra en quinto. Si su trabajo y su conducta lo merecen, pasará *a los mayores*, como corresponde a su edad.

El *nuevo*, que se había quedado en el rincón, detrás de la puerta, de tal modo que apenas se le veía, era un chico de campo, de unos quince años, y más alto de estatura que cualquiera de nosotros. Llevaba el pelo cortado recto sobre la frente, como un chantre de pueblo, y parecía formal y muy azorado. Aunque no fuera ancho de hombros, su casaca de paño verde con botones negros debía de molestarle en las sisas y dejaba ver, por las vueltas de las bocamangas, unas muñecas rojas habituadas a ir descubiertas. Sus piernas, con medias azules, salían de un pantalón amarillento muy tensado por los tirantes. Calzaba unos recios zapatos mal lustrados y guarnecidos de clavos.

Empezamos el recitado de las lecciones. Las escuchó con los oídos muy abiertos, atento como si estuviera en el sermón, sin atreverse siquiera a cruzar las piernas ni apoyarse en el codo, y,

a las dos, cuando sonó la campana, el jefe de estudios tuvo que avisarle para que se pusiera con nosotros en la fila.

Al entrar en clase teníamos la costumbre de tirar nuestras gorras al suelo, para luego tener más libres las manos; desde el umbral había que lanzarlas debajo del banco, de manera que golpearan contra la pared levantando mucho polvo; eso era lo *ideal*.

Pero, bien porque no se hubiera fijado en esa maniobra, o por no atreverse a someterse a ella, ya había acabado el rezo y el *nuevo* seguía con la gorra sobre sus rodillas. Era uno de esos tocados de orden compuesto, en el que se encuentran los elementos del casco de granadero, del chascás<sup>3</sup>, del sombrero de copa, de la gorra de nutria y del gorro de dormir, en fin, una de esas cosas lamentables cuya muda fealdad tiene profundidades de expresión como el rostro de un imbécil. Ovoides y armada de ballenas, empezaba por tres rodetes circulares; luego, separados por una tira roja, alternaban unos rombos de terciopelo con otros de piel de conejo; a continuación venía una especie de bolsa rematada por un polígono de cartón y cubierto de un bordado de complicado sutás, y del que pendía, en el extremo de un largo cordón demasiado delgado, un pequeño colgante de hilos de oro, en forma de borla. Era nueva; la visera relucía.

—Levántese —dijo el profesor.

Él se levantó; la gorra cayó al suelo. Toda la clase se echó a reír.

Se agachó para recogerla. A su lado, un compañero volvió a tirarla empujándola con el codo, él volvió a recogerla.

—Deje en paz su casco de una vez —dijo el profesor, que era hombre ocurrente.

Las carcajadas de los escolares desconcertaron al pobre muchacho, tanto que no sabía si debía conservar su gorra en la mano, dejarla en el suelo o ponérsela en la cabeza. Volvió a sentarse y la colocó sobre sus rodillas.

—Levántese —continuó el profesor—, y dígame su nombre.

Farfullando, el *nuevo* articuló un nombre ininteligible.

<sup>3</sup> Gorro militar de origen polaco, que en la época llevaban los lanceros franceses.

—¡Repita!

Se dejó oír la misma farfulla de sílabas, ahogada por los abucheos de la clase.

—¡Más alto! —gritó el maestro—, ¡más alto!

El *nuevo*, entonces, tomando una resolución extrema, abrió una boca desmesurada y, a pleno pulmón, como quien llama a alguien, soltó esta palabra: *Charbovari*.

Se produjo entonces un alboroto que surgió de repente, subió *in crescendo*, con gritos agudos (aullaban, ladraban, pateaban, mientras coreaban: ¡*Charbovari!* ¡*Charbovari!*), rodó luego en notas aisladas, calmándose a duras penas y resurgiendo a veces de pronto en la fila de un banco donde aún estallaba aquí y allá, como un petardo mal apagado, alguna risa reprimida.

Mientras tanto, bajo una lluvia de castigos, el orden fue restableciéndose en la clase, y el profesor, que por fin logró entender el nombre de Charles Bovary tras hacérselo dictar, deletrear y releer, mandó enseguida al pobre diablo que fuera a sentarse en el banco de los torpes, al pie de su tarima. Se puso en movimiento, pero, antes de echar a andar, vaciló.

—¿Qué está buscando? —preguntó el profesor.

—Mi go... —dijo tímidamente el *nuevo*, paseando a su alrededor unas miradas inquietas.

—¡Quinientos versos a toda la clase! —exclamando con voz furiosa, cortó en seco, como los *Quos ego*<sup>4</sup>, una nueva borrasca—. ¡A ver si se están tranquilos! —Seguía indignado el profesor que se enjugaba la frente con un pañuelo que acababa de sacar de su bonete—. Y usted, el *nuevo*, me copiará veinte veces el verbo *ridiculus sum*<sup>5</sup>.

<sup>4</sup> «A vosotros os voy...», cita de Virgilio; son las primeras palabras de Neptuno para calmar los vientos que han dispersado la flota de Eneas (*Eneida*, I, 135); la expresión se empleaba «para mostrar la impotencia en que uno se encuentra de dominar ciertas fuerzas sublevadas» (Larousse, *Dictionnaire universel du XIX<sup>e</sup> siècle*). *Quos ego [...]* *Sed motos præstat componere fluctus. / Post mihi non simili pæna commissa luetis* («A vosotros os voy... Pero primero conviene devolver a la calma a las agitadas olas. Después tendrán vuestras maldades otro castigo»).

<sup>5</sup> Expresión latina: «Soy ridículo».

Luego, en un tono más suave:

—¡Y ya encontrará su gorra, que nadie se la ha robado!

Todo volvió a la calma. Las cabezas se inclinaron sobre los cuadernos y el *nuevo* permaneció durante dos horas en una postura ejemplar, por más que, de vez en cuando, alguna bolita de papel lanzada con el extremo de una plumilla fuera a estrellarse en su rostro. Pero él se limpiaba con la mano y seguía inmóvil, con los ojos bajos.

Por la tarde, en el Estudio, sacó sus manguitos del pupitre, puso en orden sus cosas y tiró cuidadosamente las rayas en su papel. Lo vimos trabajar a conciencia, buscando todas las palabras en el diccionario y esforzándose mucho. Gracias, sin duda, a esa buena voluntad de que dio prueba, no tuvo que bajar de clase; pues aunque sabía pasablemente las reglas, apenas mostraba elegancia en los giros. Había sido el cura de su pueblo el que lo inició en el latín, porque sus padres, para ahorrar, habían retrasado su envío al colegio cuanto les fue posible.

Su padre, el señor Charles-Denis-Bartholomée Bovary, antiguo ayudante de cirujano mayor, comprometido, hacia 1812, en asuntos de reclutamiento<sup>6</sup>, y forzado por esa época a dejar el ejército, había aprovechado entonces sus atractivos personales para cazar al vuelo una dote de sesenta mil francos<sup>7</sup>, que se le presentaba en la hija de un vendedor de géneros de punto, enamorada de su tipo. Buen mozo, petulante, de los que hacen resonar las espuelas, con unas patillas unidas al bigote, los dedos siempre cubiertos de sortijas y vestido de llamativos colores, tenía trazas de bravucón y la animación fácil de un viajante de comercio. Una vez casado, vivió dos o tres años de la fortuna de su mujer, cenando bien, levantándose tarde, fumando en grandes pipas de porcelana, no volviendo a casa por las noches hasta después del teatro y frecuentando los cafés.

<sup>6</sup> No es un puesto elevado. De junio a diciembre de 1812 se produjo la retirada de Rusia de las fuerzas napoleónicas, que sufrieron numerosas bajas; debido a ellas, se organizó un nuevo reclutamiento.

<sup>7</sup> Suma importante; para la equivalencia del franco de la época habría que multiplicarlo por 2,60 aproximadamente; en este caso, 256.000 euros, aunque su poder de compra sería ocho veces superior.

Murió su suegro y dejó poca cosa; él se indignó, se metió a *fabricante*, perdió en ello algún dinero, luego se retiró al campo, donde quiso *explotar sus tierras*. Pero como entendía tan poco de cultivos como de indianas, como montaba sus caballos en vez de enviarlos a la labor, se bebía su sidra en botellas en vez de venderla por barricas, se comía las mejores aves del corral y engrasaba sus botas de caza con el tocino de sus cerdos, no tardó en percatarse de que más le valía renunciar a toda especulación.

Por doscientos francos de alquiler al año, encontró en un pueblo, en los límites del País de Caux con la Picardía, una especie de alojamiento, mitad casa de labranza, mitad casa señorial; y dolido, roído de pesares, culpando al cielo, envidiando a todo el mundo, se encerró, a sus cuarenta y cinco años, asqueado de los hombres, decía, y decidido a vivir en paz.

Su mujer había estado loca por él en el pasado; lo había amado con mil servilismos que lo alejaron de ella todavía más. Alegre al principio, expansiva y muy amorosa, al envejecer se había vuelto (como el vino aireado que se vuelve vinagre) de carácter difícil, gruñona, nerviosa. ¡Había padecido tanto en los primeros tiempos, sin quejarse, cuando lo veía correr tras todas las busconas del pueblo y cuando veinte tugurios se lo devolvían por la noche, embotado y apestando a borrachera! Después, su orgullo se había sublevado. Entonces se había callado, tragándose la rabia con un estoicismo mudo que conservó hasta la muerte. Siempre andaba ocupada en gestiones, en pleitos. Visitaba a los procuradores, al presidente del tribunal, recordaba el vencimiento de los pagarés, conseguía aplazamientos; y en casa planchaba, cosía, lavaba la ropa, vigilaba a los jornaleros, pagaba las facturas, mientras, sin preocuparse de nada, el señor, continuamente sumido en una somnolencia desabrida de la que sólo despertaba para decirle cosas desagradables, pasaba las horas fumando al amor de la lumbre, escupiendo en las cenizas.

Cuando tuvo un hijo, hubo de darlo a una nodriza. De vuelta en casa, el niño fue mimado como un príncipe. La madre lo alimentaba con golosinas; el padre lo dejaba corretear descalzo y, dándose las de filósofo, llegaba a decir que bien podía

andar completamente desnudo, como las crías de las bestias. En contra de las tendencias maternas, tenía en la cabeza cierto ideal viril de la infancia por el que trataba de formar a su hijo, exigiendo que lo criaran con dureza, a la espartana, para que adquiriese una buena constitución. Lo mandaba a dormir en una cama sin calentar, le enseñaba a beber grandes tragos de ron y a hacer burla de las procesiones. Pero el pequeño, de naturaleza apacible, respondía mal a sus esfuerzos. La madre lo llevaba siempre pegado a sus faldas; le recortaba muñecos de cartón, le contaba cuentos, hablaba con él en monólogos interminables, llenos de alegrías melancólicas y de arrumacos parlanchines. Dada la soledad de su vida, trasladó a la cabeza de aquel niño todas sus vagas vanidades truncadas. Soñaba para él elevadas posiciones, ya lo veía crecido, guapo, inteligente, bien situado, ingeniero de puentes y caminos o magistrado. Le enseñó a leer, e incluso a cantar, en un viejo piano que tenía, dos o tres pequeñas romanzas. Mas, a todo esto, el señor Bovary, poco interesado por las artes, decía que todo aquello *¡no valía la pena!* ¿Iban a tener alguna vez con qué mantenerlo en las escuelas del Gobierno, comprarle un cargo o ponerle una tienda? Además, *teniendo tupé, un hombre siempre triunfa en sociedad.* La señora Bovary se mordía los labios, y el niño seguía vagabundeando por el pueblo.

Se iba con los labriegos, y ahuyentaba, tirándoles terrones, a los cuervos que alzaban el vuelo. Comía moras a lo largo de las cunetas, guardaba los pavos con una vara, amontonaba el heno en época de siega, corría por el bosque, jugaba a la rayuela bajo el pórtico de la iglesia los días de lluvia, y, en las grandes festividades, pedía al sacristán que le dejara tocar las campanas, para colgarse con todo el cuerpo de la gran cuerda y sentirse llevado en su vuelo por ella.

Así fue creciendo como un roble, y adquirió unas manos fuertes y un color saludable.

A los doce años, su madre consiguió que empezara a estudiar. De ello se encargó al cura. Pero las clases eran tan breves y tan mal aprovechadas que no podían servir de gran cosa. Se las daba a ratos perdidos, en la sacristía, de pie, de prisa, entre un bautizo y un entierro; o bien el cura mandaba en busca de



su alumno después del ángelus<sup>8</sup>, cuando no tenía que salir. Subían a su cuarto, se acomodaban: los moscardones y las falenas revoloteaban alrededor de la vela. Hacía calor, el muchacho se adormecía; y el bueno del cura, adormilado con las manos sobre el vientre, no tardaba en roncar con la boca abierta. Otras veces, cuando al volver de llevar el viático a algún enfermo de los alrededores el señor cura descubría a Charles holgazaneando por el campo, lo llamaba, le sermoneaba durante un cuarto de hora y aprovechaba la ocasión para hacerle conjugar algún verbo al pie de un árbol. Hasta que la lluvia venía a interrumpirlos, o un conocido que pasaba. Por lo demás, siempre estaba satisfecho del muchacho, y hasta afirmaba que *el joven* tenía mucha memoria.

Charles no podía seguir así. La madre se mostró enérgica. Avergonzado, o más bien hartado, el padre cedió sin resistencia, y aguardaron un año todavía, hasta que el chiquillo hubiera hecho la primera comunión.

Pasaron otros seis meses; y, por fin, al año siguiente, Charles fue enviado al colegio de Ruán, adonde lo llevó su padre en persona, a finales de octubre, por la feria de San Román<sup>9</sup>.

Hoy, ninguno de nosotros podría recordar nada de él. Era un muchacho de temperamento tranquilo, que jugaba en los recreos, trabajaba en el Estudio, atendía en clase, dormía bien en el dormitorio, comía bien en el refectorio. Tenía por tutor a un ferretero mayorista de la calle Ganterie, que lo sacaba una vez al mes, en domingo, después de cerrar la tienda, lo mandaba a pasear al puerto para que viera los barcos, y después lo devolvía al colegio a eso de las siete, antes de la cena. Todos los jueves por la noche escribía una larga carta a su madre, con tinta roja y tres obleas; luego repasaba sus cuadernos de Historia, o leía un viejo tomo de *Anacharsis*<sup>10</sup> que andaba rondando

<sup>8</sup> El toque del ángelus marcaba la vida cotidiana tanto del campo como de los pueblos.

<sup>9</sup> San Román es el patrón de Ruán, ciudad de la que fue arzobispo en el siglo VII; su feria se celebra todos los años el 23 de octubre, fiesta del santo.

<sup>10</sup> Obra del abate Jean-Jacques Barthélemy (1716-1795), arqueólogo y literato francés que publicó en 1779 *Voyage du jeune Anacharsis en Grèce dans*

por el Estudio. En los paseos, charlaba con el criado, que era, como él, de campo.

A fuerza de aplicarse, se mantuvo siempre hacia la mitad de la clase; una vez, incluso, llegó a ganar un primer accésit en Historia Natural. Pero, al terminar tercero, sus padres lo sacaron del colegio para hacerle estudiar Medicina, convencidos de que sería capaz de terminar por sí solo el bachillerato.

Su madre le buscó en un cuarto piso una habitación que daba al Eau-de-Robec<sup>11</sup>, en casa de un tintorero conocido suyo. Ultimó las condiciones de su pensión, se procuró muebles, una mesa y dos sillas, hizo traer de su casa una vieja cama de cerezo silvestre y compró además una estufilla de hierro, junto con la provisión de leña que debía calentar a su pobre hijo. Y al cabo de una semana se marchó, después de insistir en que se portase bien, ahora que iba a quedar abandonado a sí mismo.

La lectura del programa de clases en el tablón de anuncios lo dejó aturdido: clases de Anatomía, clases de Patología, clases de Fisiología, clases de Farmacia, clases de Química, y de Botánica, y de Clínica, y de Terapéutica, sin contar la Higiene ni la Materia Médica, nombres todos cuyas etimologías ignoraba y eran como otras tantas puertas de santuarios llenos de augustas tinieblas.

No alcanzaba a comprender nada; por más que atendía, no asimilaba. Y sin embargo trabajaba, tenía los cuadernos forrados, asistía a todas las clases, no se perdía una sola visita a los

*le milieu du IV<sup>e</sup> siècle*, ilustrada con mapas geográficos; esta obra erudita que resumía la vida cotidiana en la Antigüedad fue muy utilizada en la educación del siglo XIX, y elogiada sin reservas por escritores como Chateaubriand.

<sup>11</sup> La calle Eau-de-Robec, una de las más antiguas de Ruán, cuenta con edificios que datan de los siglos XVI y XVII. En la época de Flaubert, un riachuelo, el Robec, corría entre las casas, a las que se accedía por medio de escalones y pequeños puentes. Maupassant –amigo y discípulo de Flaubert– la califica de «calle inverosímil por donde corre un río negro como la tinta», donde se sucedían de puerta en puerta «negros comercios» de chamarileros; cruzaban la «nauseabunda» corriente del Robec «puentes de cuatro tablas podridas» (Guy de Maupassant, «¿Quién sabe?», *Cuentos completos*, M. Armíño (ed.), Páginas de Espuma, Madrid, 2011, pág. 2664).

hospitales. Cumplía sus pequeñas tareas cotidianas como un caballo de noria, que da vueltas en el mismo sitio con los ojos vendados, ignorante de la tarea que hace.

Para ahorrarle gastos, su madre le enviaba todas las semanas, con el recadero, un pedazo de ternera asada al horno, con el que almorzaba nada más volver del hospital al mediodía mientras golpeaba las suelas contra la pared. Luego tenía que salir corriendo a las clases, al anfiteatro, al hospicio, y volver atravesando todas las calles. Por la noche, después de la frugal cena de su casero, subía a su cuarto y se ponía a trabajar, con las mismas ropas mojadas que humeaban sobre su cuerpo, delante de la estufa al rojo vivo.

En los bellos atardeceres de verano, a la hora en que las calles tibias se vacían, cuando las criadas juegan al volante en el umbral de los portales, abría la ventana y se acodaba en ella. El río, que hace de ese barrio de Ruán una especie de innoble pequeña Venecia, corría abajo, a sus pies, amarillo, violeta o azul, entre sus puentes y sus verjas. Obreros acuclillados en la orilla se lavaban los brazos en el agua. Sobre varas que salían de lo alto de los desvanes, se secaban al aire madejas de algodón. Enfrente, más allá de los tejados, se extendía el amplio cielo puro, con el sol rojizo del poniente. ¡Qué bien se debía de estar allí! ¡Qué frescor bajo el hayedo! Y abría las aletas de la nariz para aspirar los buenos olores del campo, que no llegaban hasta él.

Adelgazó, su cuerpo se estiró y su cara adquirió una especie de expresión doliente que casi la hizo interesante.

De manera espontánea, por indolencia, terminó abandonando todas las resoluciones que se había impuesto. Una vez faltó a la visita, al día siguiente a clase, y poco a poco, saboreando la pereza, acabó por no volver.

Se acostumbró a la taberna, con pasión por el dominó. Encerrarse cada tarde en un sucio establecimiento público para dar golpes en las mesas de mármol con unos huesecillos de carnero marcados con puntos negros le parecía una preciosa afirmación de su libertad, que aumentaba su propia estima. Era como la iniciación al mundo, el acceso a los placeres prohibidos; y, al entrar, ponía la mano en el pomo de la puerta

con una alegría casi sensual. Muchas cosas comprimidas dentro de él se dilataron entonces: aprendió de memoria coplas que cantaba en las fiestas de bienvenida, se entusiasmó con Béranger<sup>12</sup>, aprendió a hacer ponche y por fin conoció el amor.

Gracias a estos trabajos preparatorios, fracasó completamente en los exámenes de oficial de salud. ¡Esa misma noche lo esperaban en casa para celebrar su triunfo!

Fue a pie y se detuvo en la entrada del pueblo, donde mandó en busca de su madre, y se lo contó todo. Ella lo disculpó, achacando el fracaso a la injusticia de los examinadores, y lo animó un poco, encargándose de arreglar las cosas. Hasta cinco años después no supo el señor Bovary la verdad; como ya era vieja, la aceptó, además no podía suponer que un hijo de él fuera un tonto.

Charles volvió pues al trabajo y preparó sin interrupción las materias de su examen, aprendiendo de memoria todas las preguntas por anticipado. Aprobó con bastante buena nota. ¡Qué hermoso día para su madre! ¡Dieron un gran convite!

¿Adónde iría a ejercer su arte? A Tostes<sup>13</sup>. Allí sólo había un médico viejo. Hacía mucho que la señora Bovary acechaba su muerte, y aún no se había ido al otro barrio el buen señor cuando ya estaba Charles instalado enfrente como su sucesor.

Pero no bastaba con haber criado a su hijo, haberle obligado a estudiar medicina y haber descubierto Tostes para ejercerla; necesitaba una mujer. Le encontró una: la viuda de un

<sup>12</sup> Pierre-Jean de Béranger (1780-1857), cantante de gran popularidad que fue creciendo desde su primera recopilación de canciones y alcanzó su cenit hacia 1825; por sus letras, báquicas y licenciosas unas, herederas otras del pensamiento revolucionario contra la aristocracia y la monarquía, fue encarcelado varias veces. Aunque elogiado por escritores como Chateaubriand o Goethe, para Flaubert era un «astro burgués, [que] palidecerá en la posteridad», un «sucio burgués que ha cantado los amores fáciles y los trajes raídos» (en carta a Baudelaire, agosto de 1857). «La inmensa gloria de este hombre es, en mi opinión, una de las pruebas más llamativas de la estupidez del público», escribirá en otra carta en noviembre de ese mismo año.

<sup>13</sup> Nombre de una comuna del departamento del Eure, al sur de Ruán.

escribano de Dieppe, que tenía cuarenta y cinco años y mil doscientas libras de renta<sup>14</sup>.

Aunque era fea, seca como un palo de escoba y con tantos granos como brotes hay en primavera, lo cierto es que a la señora Dubuc no le faltaban pretendientes donde elegir. Para alcanzar sus fines, mamá Bovary se vio obligada a apartarlos uno a uno, e incluso desbarató con gran habilidad las intrigas de un charcutero apoyado por los curas.

Charles había vislumbrado en el matrimonio el advenimiento de una situación mejor, imaginando que sería más libre y podría disponer de su persona y su dinero. Pero fue su mujer quien mandó; delante de la gente, él tenía que decir esto, callar aquello, debía ayunar los viernes, vestirse como a ella le parecía, apremiar por orden suya a los clientes que no pagaban. Le abría las cartas, espiaba sus pasos y escuchaba, a través del tabique, cuando en la consulta había mujeres.

Había que hacerle el chocolate todas las mañanas, colmarla de atenciones infinitas. Se quejaba continuamente de los nervios, del pecho, de sus humores. La agobiaba el ruido de los pasos; si se iban, la soledad se le volvía odiosa; si volvían a su lado, era desde luego para verla morir. Por la noche, cuando Charles regresaba, sacaba de debajo de las sábanas sus largos brazos flacos para pasárselos alrededor del cuello, y haciéndole sentarse en el borde de la cama, le hablaba de sus penas: ¡la tenía abandonada, quería a otra! Con razón le habían dicho que sería desgraciada; y acababa pidiéndole algún jarabe para su salud y un poco más de cariño.

<sup>14</sup> La libra equivale al franco, pero el término tiene connotación de Antiguo Régimen. 1.200 libras de renta equivalen a 3.160 euros, aproximadamente.